

Lectura frente a audición y visión

Escribe: GONZALO CANAL RAMIREZ

En el número anterior de esta revista divulgué algunos datos sobre “la explosión bibliográfica”, según los cuales el libro, en la postguerra, ha multiplicado su tiraje por lo menos en un dos mil por ciento, en tres naciones claves para los quehaceres de la cultura: Francia, Alemania e Italia. En esos apuntes aparece también cómo tan extraordinario multiplicador no obedece solamente a la intensificación de la lectura, como hábito, sino también a otros factores de hábil publicidad que ha conseguido estimular la demanda libresca persuadiendo a compradores de otras zonas de que el libro es no solamente “máquina para leer”, sino también artículo de lujo, de decoración, de amueblamiento, objeto de vanidad y de otras complacencias. Es decir la propaganda como herramienta de apertura para nuevos mercados editoriales, el *reclam* como instrumento para hacer del libro, y de ciertos autores, un artículo de moda.

Frente a este fenómeno —que no alcanza a ser una tesis, sino el registro simple de unos hechos estadísticos— hay una pregunta: en el mundo contemporáneo, provisto de tantos medios de información y comunicación diferentes al de la literatura impresa o tipografiada, ¿la lectura tiende a crecer, o a decrecer? Frente al incremento de la radio, la televisión, el cine y demás sistemas de divulgación audio visual modernos, ¿la lectura de libros tiene un porvenir de expansión o de decadencia? ¿El impreso, como medio de divulgación e información se debilita o se robustece?

Es indudable que los medios divulgadores, informativos o recreativos audiovisuales contemporáneos están en extraordinario desarrollo. El cine, la radio, la televisión, la fotografía y los sistemas complementarios para la propagación de la imagen y el sonido están llegando masivamente al público, con una cada vez más sorprendente intensidad. La revolución del transistor, es por ejemplo, indiciaria de la popularidad de los nuevos sistemas técnicos de información y del gran porcentaje de gente por ellos cubierta.

No obstante la respuesta a la pregunta anterior es favorable a la lectura de literatura impresa o tipografiada. Hay más lectores en el mundo

de hoy que en el de hace treinta años, en una progresión superior a la de la progresión demográfica. Hay más lectores por centenar de habitantes. Los medios audiovisuales tienen especial propagación en zonas de población de bajo nivel cultural. Estos sectores así alcanzados por sistemas audiovisuales son más oyentes y videntes que lectores y disponen de más medios para la audiencia o la visión que para la lectura. Para ellos la audición y la visión satisfacen mayor número de necesidades de información y recreación que la lectura. El caso del transistor es típico, al ofrecerles, con un solo gasto y a merced de un botón, música, radionovela, radioteatro, noticias, humorismo y hasta polémica.

Pero hay tres matices de diferenciación en el fenómeno. El primero es el de que la gente, alcanzada por la audición o la visión, va iniciándose en una pequeña cultura que, aunque en ciernes y por contagio y extensión de necesidades comunicativas, va lentamente convirtiéndose en lectora, cuando el analfabetismo no se opone al natural proceso de la evolución intelectual. El segundo es consecuencia lógica del primero. Superados los primeros estadios de la curiosidad cultural o intelectual, gracias a la audición o la visión, estos solos sistemas no bastan para satisfacer la sed natural de quien despierta al mundo de la cultura y encuentra un universo inmenso por descubrir: el de los conocimientos.

El tercer matiz diferente no es ya de procedimiento, sino de calificación. El "audio" o el "video" son medios transitorios para el vidente o el oyente. Concluido el espacio radial, televisivo o cinematográfico, se cierra la oportunidad. No somos dueños de los originales del programa o de la película. Terminada la coyuntura en el dial o en la pantalla, difícilmente podemos volver a ella. Debemos confiarlo todo a la memoria, o —rarísima excepción— al apunte fugaz. La lectura del impreso, en cambio, nos permite regresar a él cuantas veces queramos, subrayar, analizar, ampliar, preguntar, extendernos y conservarlo como un documento permanente. El impreso sí es de nuestra propiedad y las bibliotecas son mucho más numerosas que las discotecas, las cinotecas y las filmotecas. Y las librerías y los puestos de revistas y periódicos están mucho más al alcance de todos que los comercios de los otros medios, de los cuales la cultura superior se vale como auxiliares del impreso, pero de ningún modo como sustituto. En la cultura inferior sí son los medios audiovisuales un sustituto del impreso, pero un sustituto que, por su misma fuerza de "culturización", va lentamente, a su vez, siendo en parte substituído por el impreso, sin llegar nunca a asimilarse mutuamente, sino a complementarse, porque nadie —ignorante o sabio— puede prescindir de los sistemas de información de su época.

El caso es ya clásico en los países que se han propuesto y están logrando la llamada "culturización de masas", y, por tanto, típico en algunos países detrás de la Cortina de Hierro. La confrontación de las dos Alemani-
nias, por ejemplo, es concluyente. La única estadística que la Alemania Oriental puede exhibir con ventaja sobre la Occidental, es precisamente esta. La Oriental posee por cabeza, más radios, más televisores, más teatros y cinematógrafos y más impresos que la Occidental, siendo esta tan bien abastecida de estos instrumentos.

Otro hecho estadístico demostrativo de que el oyente y el vidente no terminan con el lector, sino que lo incrementan, es el de la multiplicación de ambos en Italia, Francia y Alemania, países donde la radio y la televisión y el cine han llegado a ser grandes medios, y donde paralelamente la industria editorial, la industria del impreso, se multiplica en forma extraordinaria. Helliogravur en París, Axel Springel en Hamburgo y Mondadori en Verona, son productoras masivas de impresos para leer como nunca el francés, el alemán o el italiano las soñó antes de la guerra.

La lectura crecerá con el mundo porque es la más segura fuente del conocimiento. Ultimo ejemplo, esta Biblioteca Luis-Angel Arango, que ha tenido que doblar los asientos de su sala.